

La vida
y la muerte
del alma

Michel
Onfray
ÁNIMA

PAIDÓS

MICHEL ONFRAY

ÁNIMA

Vida y muerte del alma
De Lascaux al transhumanismo

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS Contextos

Título original: *Anima: Vie et mort de l'âme*, de Michel Onfray.

1.ª edición, abril de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Michel Onfray y Éditions Albin Michel, Paris, 2023

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2024

© de la imagen del interior, Peter Willi / Bridgeman Images

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4226-4

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 4.988-2024

Impresión y encuadernación en Limpergraf

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Introducción. La magnífica desolación	13
---	----

PRIMERA PARTE

CONSTRUIR EL ALMA

Bajo el signo de la serpiente

1. Anticuerpos, no cuerpos y contracuerpos Desmaterializar el cuerpo	29
2. Un esqueleto con un alma Doblegar la materia	47
3. El devenir de la planta en erizo Purificar la carne	55
4. Cuerpo de papel y vida textual Crear un anticuerpo	61
5. Las lenguas de fuego del Espíritu Santo Condenar la carne	79
6. En el jardín del Edén no hay erecciones Sexualizar el pecado	91
7. La sangre, semilla de cristiano Mortificar los cuerpos	109
8. El amor de la santa abyección Imitar al cadáver	125

9. El arte de domesticar a los cuerpos
Enjaular el deseo 143

SEGUNDA PARTE

DECONSTRUIR EL ALMA

Bajo el signo del perro

10. El lugar del filo del hacha
Desplatonizar el alma 161
11. Los raciocinios del zorro
Rehabilitar al animal 175
12. Lecciones de las lecciones de anatomía
Borrar el alma 191
13. Una determinada glándula muy pequeña
Localizar el alma 203
14. El cartesianismo contra Descartes
Acotar el espíritu 221
15. Pensar sin pensar que se piensa
Humanizar al animal 233
16. La flor de los átomos
Atomizar el alma 249
17. Como la llama de una vela
Mecanizar el alma 263
18. El corazón de la rana en un plato recalentado
Electrizar los cuerpos 277

TERCERA PARTE

DESTRUIR EL ALMA

Bajo el signo del mono

19. La vida y la muerte de la ostra
Bestializar al hombre 295

20. Fabricar el émulo de un corzo	
Regenerar al <i>Homo sapiens</i>	309
21. Genealogía del eugenismo republicano	
Decapitar el alma.	321
22. Una glándula pineal posmoderna	
Metapsicología de la psique	339
23. El tiempo del cuerpo sin órganos	
Estructuralizar el ser	351
24. Un rostro de arena borrado por el mar	
Matar al hombre	365

CONCLUSIÓN

BAJO EL SIGNO DE LA MEDUSA

25. Hacia las quimeras transhumanistas	
Digitalizar el alma	381
Epílogo. El silencio eterno de los espacios infinitos	393
Bibliografía	399
Contenido	423

Anticuerpos, no cuerpos y contracuerpos

Desmaterializar el cuerpo

En un oscuro museo de Azerbaiyán, en medio del campo, hay un gran número de calendarios lunares llamados prehistóricos y grabados en huesos de animales expuestos en una vitrina. Son el testimonio de una relación íntima y tan antigua como la humanidad entre la Luna y el hombre. Sin aceptar necesariamente todas las hipótesis de la arqueoastronomía que relacionan lo concerniente a la prehistoria con el cielo de hoy, y más frágilmente con las constelaciones zodiacales que son convenciones tardías, me seducen algunas de sus hipótesis porque parten de la idea de que el pensamiento es consustancial al hombre y no al lenguaje. Basta ver vivir a un niño antes de que hable, los dos o tres primeros años; solo los tontos, los lacanianos y otros estructuralistas se atreven a considerar que no son y no piensan. No estamos estructurados por el lenguaje, sino por la percepción, la sensación y la emoción. El lenguaje viene después. Para los mudos no viene nunca, y no por eso son menos hombres. Siento, y por lo tanto soy. Pensar viene después, es más: no hace ninguna falta pensar si uno sabe sentir...

El pensador de Rodin es un pensador de las ciudades. Piensa desnudo, es muy libre de hacerlo, sentado en una silla transformada en roca. Tiene la mano girada —un gesto anatómicamente

raro, doloroso para la muñeca, imposible de mantener durante mucho rato, lo cual obliga a pensar deprisa— y la barbilla puesta sobre el reverso de la mano derecha. Da la impresión de que se va a caer de la silla, arrastrado por el peso de su cerebro o de sus pensamientos, o de ambos. Mira al suelo, como si lo que buscarse se hallara ahí. Está allí desde hace tiempo, parece que no haya encontrado gran cosa. Normal, uno nunca piensa así...

Me imagino en cambio al pensador del campo, digamos más bien de la naturaleza originaria, de pie, con la cabeza alzada al cielo, la cara vuelta hacia la Vía Láctea, los pies bien puestos en el suelo, como enraizados. No está desnudo como un gusano sentado en una roca, sino vestido con pieles de animales cazados por él y los suyos, curtidas y cosidas por las mujeres que se han quedado en casa con los niños.

No mira al suelo, donde solo verá restos de sí mismo, hierbas pisoteadas y suelo apisonado, restos de comidas y deyecciones de animales ya domesticados, sino al cielo, donde siempre ocurren muchas cosas. El recorrido del Sol en un día, pero también en un año. También el de la Luna, su forma, creciente y decreciente, ascendente o descendente, su claridad, su luminosidad, sus manchas entonces inexplicadas. Su observación, siempre que no sea fugaz y dure lo suficiente, le permite comprender un *orden*, que deviene etimológicamente de *cosmos*.

Comprende porque lo ha constatado, por lo tanto *visto*, que no hay necesidad de lenguaje para ello, que la noche sucede al día, que las noches son más largas en una época y muy cortas en otra; no deja de observar que los árboles tienen yemas aterciope-ladas, flores perfumadas, frutas sabrosas, y luego frutas podridas que caen al suelo, que más tarde las hojas caen tras haber cambiado de color, primero manchadas, luego marrones y después secas.

Conocer el movimiento de la Luna y del Sol en el cielo es dominar el tiempo y, por consiguiente, las condiciones de la propia vida y de la supervivencia. Porque esos calendarios permiten sa-

ber cuándo pasan migrando los animales de los que uno puede alimentarse, cuándo remontan los salmones y cuándo parten los renos, por ejemplo, a otras regiones, en qué momento se puede sembrar, plantar, trasplantar y cosechar, en qué periodos se obtiene el alimento, o temer la carestía, cuándo pueden tener lugar las recolecciones, la recogida de las bayas y los frutos salvajes, cuáles son las épocas de reproducción, de gestación y de nacimiento de los animales, y por lo tanto cuándo podrá haber leche, y así productos fermentados, en qué estación despierta el oso, sale de su guarida y quiere comer también, cuándo las presas pueden cazarse y cuándo hay que temer a los predadores, en qué momento del año el río está crecido o seco, etcétera. La Luna y el Sol sirven para saber todo eso, por lo tanto, para saber sencillamente.

Este saber pagano permite vivir en armonía con una naturaleza que a su vez está incluida en un cosmos. La naturaleza es una invención de quien ha olvidado la existencia del cosmos. Algunos semicultos se creen sabios al invocarla, olvidan simplemente que es menos amable que amada por aquello dentro de lo cual se halla engastada: las miríadas de la pluralidad de los mundos. Se somete, ciega, a la ley de los pluriversos.

El cambio climático no es el pequeño prurito egocéntrico de una Tierra antropomorfizada, de un planeta enfadado que se venga de la maldad de los hombres: procede de los ciclos cósmicos, de los que el hombre, que camina sobre la Luna, no sabe gran cosa. Pero la alternancia de los ciclos lo atestiguan: durante millones de años en que el hombre aún no existía, había alternancia de calentamientos y enfriamientos. ¿Cómo se explican, si no, los periodos glaciares?

Este saber fue probablemente el de los primeros hombres: la regularidad del eterno retorno de lo mismo, la verdad del carácter cíclico de las cosas, la captación del tiempo como un círculo que da seguridad y no como una flecha inquietante. En esa visión monista de las cosas, el hombre no está separado del mundo, dentro del mundo, sino que es exterior a él, ya que él y el mundo consti-

tuyen las partes de un mismo todo, igual que el uro y el bisonte, el reno y el salmón, el roble y el helecho, también sometidos al eterno retorno de lo mismo. El *ego* y el *yo* llegarán más tarde, traídos por el dualismo que acompaña al monoteísmo. En la época de los calendarios lunares y solares grabados en astas de renos, no existen dioses, sino un espíritu difuso que permite el animismo o el totemismo, una posible clave para descifrar las pinturas rupestres.

En esa época, no hay alma inmaterial en un cuerpo material: todo es materia, y el espíritu probablemente es materia también. A menos que lo contrario lo exprese mejor: todo es espíritu, y la materia es espíritu también. Una materia espiritual, un espíritu material bajo la forma de un soplo que corresponde a lo que en la vida quiere la vida y deja de estar ahí cuando irrumpe la muerte.

Frente al cadáver, imaginamos al hombre prehistórico estupefacto por la inmovilidad allí donde la vida era flujo, dinámica, mirada y palabra, gesto y movimiento. El muerto miraba y ya no ve: hablaba y ya no sale sonido alguno de su boca; volvía la cabeza y los ojos para mirar, pero su cabeza está rígida, sus ojos abiertos y fijos, su mirada perdida en un punto ciego; se desplazaba, flexible, y ahora está rígido y estático; estaba caliente y su carne era dúctil, ahora está helado y frío como el hielo. Lo que animaba ya no está, lo que vivificaba se ha ido, pero lo que se ha ido se ha quedado, ahí, en otro lugar, en el soplo de los árboles, en el ruido del torrente, en el crepitar del fuego, en el canto de los pájaros, en los aullidos de los animales en medio de la noche. La muerte, por lo tanto, no es la muerte, es la vida que continúa en otra parte y de otra forma. Como escribe Spinoza en la *Ética* (quinta parte, proposición 23), aquellos hombres habrían podido decir: «Sentimos y experimentamos que somos eternos». Pues todos eran spinozistas mucho antes de que Spinoza existiera.

De la misma forma que un lobo, un helecho, un cerezo silvestre nacen, viven, crecen, menguan, envejecen, mueren y desaparecen, el compañero o la compañera de hogar o de caverna viven, crecen, menguan, mueren y desaparecen. Pero otro lobo, otro

helecho y otro cerezo aparecen, y también nacen, etcétera. De manera que no hay más que mirar el cosmos y obedecerlo. El chamán, el sacerdote, el hechicero, el anciano son portadores de la memoria del saber. Anuncian el retorno del oso y el paso de los pájaros, la remontada de los salmones y el parto del bisonte, y todo en un movimiento eterno.

Esta sapiencia está escrita en el cielo, donde parpadean las estrellas: algunas se encienden, otras se apagan, se mueven por la Vía Láctea, pero persisten y duran en modelos ontológicos y existenciales. El astro del pastor es el punto fijo a cuyo alrededor gira el universo. Saberlo es sabiduría. No hay infierno ni paraíso sino en la Tierra. La Luna está ahí, siempre. Aún no ha sido mancillada por las deyecciones de los hombres.

No soy, pues, de los que creen que un pueblo sin escritura no conoce la historia y que cabría hablar por lo tanto de prehistoria. La prehistoria no es lo de antes de la historia, es la primera historia. Que no subsista más testimonio que el de unas huellas enigmáticas ya me sirve. Hay que saber escuchar para oír su silencio, que dice más que cualquier verborrea. El silencio emite un ruido, como un escape de aire, un pequeño chorro lineal.

Durante milenios hubo humanos que probablemente captaron, con un *sexto sentido* hoy perdido —llamamos *instinto* a lo que se ha conservado de él— todas las modalidades de ese chorro casi silencioso. La materia era consustancial al alma, el alma era consustancial a la materia. Una sola sustancia diversamente modificada: carne de pez, por lo tanto, alma de pez; corteza de acacia, por lo tanto, alma de acacia.

En el Polo Norte he visto a inuits pescar un salmón y, tras sacarlo del agua y acostarlo en la playa de guijarros, pedirle perdón por haberlo sacado de ese mundo, darle las gracias por la ofrenda vital de su carne, y luego cortarlo y comérselo crudo. Lo mismo hicieron con una foca, de la cual el chamán se comió el contenido del ojo partido por la mitad. La vida cumplía su ciclo: el salmón

muerto alimentaba a los vivos, que a su vez morirían un día para alimentar al gran todo. Nosotros estamos dentro del ciclo: él lo es todo, nosotros no somos nada.

Empiezo aquí la historia del alma tal y como la cuentan unas huellas que subsisten. Unos juncos hendidos, unos papiros desplegados que ofrecen una superficie sobre la cual unos escribas trazan con el cálamo unos signos que atraviesan cuarenta siglos. Nuestra civilización judeocristiana procede en parte de la civilización grecorromana que, a su vez, viene en parte de la civilización egipcia, que a su vez...

Permítaseme un inciso biográfico: cuando fui a la Cirenaica siguiendo las huellas de Arístipo de Cirene, el inventor del hedonismo filosófico, me encontré caminando en la antigua ciudad libia por las ruinas, vigilado por unos esbirros de la policía política de Gadafi, que veían espías por todas partes. El director del yacimiento me había abierto su despacho con las ventanas rotas y me había mostrado una biblioteca de libros cubiertos de polvo y suciedad. Luego, tras conversar vagamente conmigo sin una lengua común, había acabado por creer que, en efecto, tal vez yo había realizado todo aquel viaje a un país que entonces estaba sometido a embargo y en el cual no aterrizaba avión alguno, había pasado por Túnez y había hecho cientos de kilómetros por carretera siguiendo la costa mediterránea hasta Cirene, con la única finalidad, extraña en su opinión, de seguir los pasos de Arístipo, de quien él no sabía absolutamente nada.

La carretera estaba al nivel del mar, era una larga cinta recta, con un panel cada doscientos o trescientos kilómetros que indicaba una bifurcación, en árabe, por supuesto... Luego, al llegar a la Cirenaica, la carretera subía: de hecho, la región es un promontorio sobre la costa, como una montañita salida de la tierra. Esta prominencia geomorfológica atrapa la lluvia producida por el contacto del mar Mediterráneo y la tierra africana. Y esa lluvia explicaba por qué la Cirenaica se había convertido en el granero

de Grecia y cómo las riquezas así acumuladas habían generado el hedonismo y su filosofía... La geología, según comprendí entonces, da una geografía que genera una historia que produce una filosofía, una metafísica, por no decir una espiritualidad.

Aquel hombre, que vigilaba el sublime yacimiento antiguo con el mismo entusiasmo que si estuviera al frente de un desguace de coches, pronunció algunas frases que yo no entendí, por supuesto; me indicó que lo siguiera y me condujo hasta las puertas de un inmenso hangar. Abrió aquel edificio a punto de derrumbarse. Y allí descubrí un inmenso museo hecho de piezas que descansaban sobre el suelo: obras maestras y piedras talladas o en bruto, estatuas completas o fragmentos de monumentos, rostros de piedra que me miraban y piernas abandonadas en el suelo, guijarros amontonados y cuerpos de mármol mutilados, todo yacía allí, en un inmenso revoltijo. Deambulé entre lo que habría podido llenar varios museos. Había una impresionante estatua de Artemisa, la diosa de la naturaleza, con sus bolsas mágicas de cuero envolviéndole el pecho, pero también, y sobre todo, algo más perturbador: una momia en un sarcófago...

La Cirenaica para mí era Grecia; después, la Grecia romanizada. Y el sarcófago, otro mundo bien separado: el de Egipto, naturalmente... Luego me vino a la cabeza que de Yerba, donde había aterrizado el avión, a Cirene, pasando por los magníficos yacimientos de Leptis Magna y Apolonia, por Sirta y su desierto, había una carretera que iba de oeste a este, y siguiéndola se llegaba directamente al Alto Egipto y a Alejandría.

Y cuando los hombres circulan, sus ideas viajan al mismo tiempo que ellos. Si el trigo, la lana, el aceite, el vino y el ganado siguen determinadas rutas comerciales, entonces los pensamientos de los que acompañan a esos productos también influyen en sus destinatarios. De manera que el pensamiento griego procede en parte del que lo ha precedido: el pensamiento egipcio.

Por eso no carece de interés leer bajo la pluma de Diógenes Laercio que «Pitágoras de Samos se fue a Egipto», donde, según

cuenta el Pseudo Jámbrico en su *Teología de la aritmética*, «aprendió de los egipcios, y fue el primero que introdujo en Grecia la filosofía». O que en Egipto «Pitágoras recibía la enseñanza de los sacerdotes», que en Babilonia fue «iniciado en los misterios bárbaros», e incluso que, según Porfirio, «aprendió de los egipcios y los caldeos, así como de los fenicios, lo referente a las ciencias llamadas matemáticas. En efecto, si la geometría apasionó a los egipcios y a los caldeos desde tiempos remotísimos, los fenicios, por su parte, fueron especialistas de los números y de los cálculos aritméticos, y los caldeos de la especulación astronómica. En cuanto a los ritos religiosos y a todas sus otras reglas de vida, dicen que los recibió de la enseñanza de los magos» (*Vida de Pitágoras*, 6, 5).

El alma inmaterial, inmortal, tal como la piensan Pitágoras y después de él Platón, y luego los cristianos, es por lo tanto una idea egipcia. Cosa que confirma Heródoto en su obra sobre la historia y las costumbres del pueblo egipcio: «También fueron egipcios quienes por primera vez afirmaron que el alma humana es inmortal» (2, 123).

¿Cómo era el alma según los egipcios que el filósofo de Samos conoció?

En el corpus de los textos egipcios, al menos en los que han llegado hasta nosotros, hay muchos pasajes que parecen escritos por los primeros cristianos, gnósticos, esenianos, sabatianos, orfitas, valentinianos, etcétera. De la misma forma que sería difícil para unos arqueólogos que llegaran después de una guerra atómica y no dispusieran más que del Evangelio de san Juan, de una anunciación de Fra Angelico y de las ruinas de Notre Dame de París para reconstituir el cristianismo, comprender lo que era la transustanciación, lo que significaba comer el cuerpo de Cristo, captar el misterio de la Santísima Trinidad, el *Filioque*, la resurrección de los muertos bajo la forma de un cuerpo glorioso el día del juicio final, es difícil restaurar, a partir de los textos a menudo poéticos y líricos que se han conservado, la episteme egipcia en lo tocante al alma.

No es menos cierto, sin embargo, que no nos hallamos totalmente desorientados en un mundo donde existe una tierra con los hombres y un cielo con los dioses, un mundo espacial y temporal, y un universo intemporal e ilimitado, el de la inteligencia divina; donde la muerte permite el paso entre esos dos mundos; donde el alma del difunto «asciende al cielo» —la fórmula es recurrente—; donde el barquero conduce al muerto hacia su vida eterna del otro lado del cielo, del lado oriental, donde renacerá, como con el cristianismo; donde se entra en el cielo por el Occidente, antes de efectuar el trayecto de purificación que conduce hacia Levante; donde, en un «himno de saludo», se mencionan los cuatro cuernos de un toro en los cuatro puntos cardinales —¿acaso es algo distinto del tetramorfos cristiano?—; donde, en ese otro mundo, la carne no perece; donde la «doncella verdadera» es una copia casi exacta de la Virgen: no tiene padre ni madre que la hayan engendrado según las reglas naturales; donde el muerto que ha pasado al otro mundo se vuelve divino; donde el cuerpo del muerto que vive más allá posee unos «huesos de bronce» y unos «miembros de oro», es decir, se halla constituido de materias preciosas e inalterables; donde se enseña: «Vivirás a la manera de los astros vivos en su [temporada] de vida», como está escrito en «El difunto inmortal»; donde, como en el Evangelio de san Juan, el pensamiento es anterior a la materia —¿no es lo mismo que la preeminencia del Logos, del Verbo, sobre cualquier otra cosa?—, donde se oponen dos ciudades, una Heliópolis celeste que funciona como espejo de la Heliópolis terrenal, prefigurando la ciudad de Dios y la ciudad de los hombres de san Agustín; donde, según está escrito en la teodicea o el origen del mal, Dios dice: «He hecho a los hombres iguales, no les he ordenado cometer crímenes, es su conciencia la que ha pervertido cuanto yo había dicho», lo cual nos hace pensar en el pecado original, sobre todo, porque, en ese lugar donde los hombres eligen el mal en lugar del bien, hay una serpiente llamada Apofis que acompaña al creador, y existe una plegaria para «rechazar a Apofis» —¿no es acaso el padrenues-

tro una invocación a Dios para que nos libre del mal y no nos someta a la tentación?—, donde, según dice el «difunto bienaventurado», el muerto descansa, renovado, rejuvenecido, convertido en espíritu, se halla reconstituido y manda que le traigan sus miembros alejados de él para vivir otra vida, eterna esta vez, en la cual puede sentarse, levantarse, sacudir el polvo que tiene encima —variación sobre el tema del cuerpo glorioso—; donde el alma del muerto aparece delante de Osiris, que la pesa, la juzga, examina las faltas que ha podido cometer, y el alma culpable es precipitada a un infierno del que sabemos poco, mientras que las almas salvadas se convierten en nuevos Osiris.

Los egipcios tienen sus palabras para decir alma (*ba*), espíritu (*akh*), eternidad (*neheh*). Construyeron una mitología en la cual un dios puede nacer de un incesto —la diosa Isis está embarazada de su hermano, el rey Osiris, y Horus sodomiza a Seth, porque es una serpiente— y otras historias, una serie de fábulas que llevan al pueblo a someterse a lo que constituye el núcleo duro de una religión: la imposibilidad de aceptar la muerte. En presencia del cadáver de un ser amado, el tropismo natural que consiste en inventar una vida para el muerto tras su desaparición para poder vivir a pesar de haber muerto, he aquí la genealogía de toda religión: la invención de una vida después de la vida a fin de dar muerte a la muerte.

Pero hablar de religión egipcia es olvidar que se extiende por más de tres mil años y que adopta formas diferentes en el tiempo, naturalmente, pero también en el espacio, según la región donde se desarrolle. Además, si bien *ba* puede traducirse por «alma», hay que descristianizar esa palabra para intentar ver que se trata de una fuerza que nada tiene que ver con la forma que el Occidente cristiano le dará con el tiempo.

En lo que se ha convenido en llamar el *Libro de los muertos*, también llamado el *Libro para salir al día*, escrito un milenio y medio

antes de Cristo, se encuentran muchos elementos que, a través de Grecia, alimentan el judeocristianismo: tenemos a un dios, Thot, autor de ese texto en el momento en que crea el mundo; ese dios dispone de los atributos de una tríada divina: Ptah, Sokaris y Osiris; este mismo Osiris, de origen divino, vivía en la Tierra dentro de un cuerpo material; lo matan, lo desmiembran y resucita en un cuerpo que accede a la inmortalidad; luego se convierte en juez en la «sala de las dos justicias» y participa en el pesado de los corazones en una balanza: quien vive una existencia conforme a las enseñanzas divinas conoce la inmortalidad en un paraíso llamado «Campo de los Juncos» o «Campo de la Felicidad», una geografía asimilable a la geografía edénica.

¿Cómo no pensar en la pareja formada por Dios creador del mundo y Jesús viviendo en un cuerpo humano, muerto y resucitado en una especie de cuerpo glorioso inmortal? Este *primer esquema* —divinidad trinitaria, nacimiento divino, muerte violenta, renacimiento en un cuerpo que escapa a la muerte, acceso a la vida eterna— resulta ser la matriz de la futura religión cristiana. ¿Y qué decir de ese trayecto ontológico para el muerto que le permite, en el caso de una vida recta, ganarse el paraíso tras un juicio asimilado a una balanza? En el *Libro de los muertos*, el difunto «ha dado panes al hambriento, agua al sediento, vestidos al desnudo»; en el Evangelio de san Mateo, Jesús se dirige a los justos con esta exhortación: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis» (Mt 25, 35-36).

Este mismo *Libro de los muertos* propone un *segundo esquema*, el del cuerpo dualista sobre el cual Occidente construye su edificio ontológico: el cuerpo material, *khet*, sometido a la generación y a la corrupción, que la momificación puede salvar; el doble, *kha*, una entidad abstracta con los atributos del hombre al que está unida hasta en la momia que se halla en una tumba de la que puede entrar y salir; el alma, *ba*, ligada al *kha*, al que acompaña en la tumba y que puede adoptar una forma, material o inma-

terial, según su voluntad; el corazón, *ib*, asociado al alma, fuente de la vida animal, pero también del bien y del mal en el hombre; la sombra, *jaibit*, igualmente asociada al alma, puede ir y venir a su antojo; el espíritu, *kush*, parte radiante y translúcida del espíritu del hombre que reside en su cuerpo espiritual, el *sabu*; la potencia, *sejem*, encarnación de la fuerza vital del hombre. Vemos pues que todas esas instancias animan un cuerpo material y un cuerpo espiritual, el primero de los cuales debe conocer los tratamientos de la momificación que permiten sobrevivir al segundo.

También cabe observar que el *Libro de los muertos* propone un *tercer esquema* llamado a conocer el desarrollo bíblico que sabemos, el de la serpiente que encarna el mal. Lleva por nombre Apofis y se muestra al enemigo de Ra, el sol. Por un lado, la serpiente maléfica; por el otro, el sol benéfico. Por una parte, las tinieblas, la negatividad; por la otra, la luz, la positividad. Apofis es el símbolo de las fuerzas del mal y de la noche, del caos y de la oscuridad, que se oponen a las del bien. Cada día, trata de aniquilar el orden divino atacando la barca de Ra en el océano primordial Nun con el propósito de poner fin al recorrido del sol. Pero cada día, el gato de Ra, personificación de la diosa Bastet, lo mata con un cuchillo. Cada amanecer significa la victoria de Ra sobre Apofis, es decir, la luz vence siempre a la oscuridad.

Finalmente, la «súplica a Osiris» nos proporciona un *cuarto esquema* útil para nuestra civilización, con una moral que no espera a la filosofía grecorromana, es decir, platónica, aristotélica, cínica, estoica, epicúrea, pirrónica, ni tampoco, en el terreno religioso, al monoteísmo del judaísmo, del judeocristianismo y del cristianismo para invitar a la humanidad a hacer el bien, a alejarse del mal, y ello para obtener la vida tras la muerte, la felicidad eterna en un cuerpo salvado de toda generación y de toda corrupción, gracias al alma purificada por una ascesis existencial.

Quiero detenerme en este texto para demostrar que un milenio y medio antes del nacimiento de Jesús existen en Egipto una

ética y una moral universales, que volveremos a encontrar en el cristianismo romano. He aquí la prueba: «En verdad, he venido a ti y te he aportado justicia y verdad, y he destruido la malignidad para ti. No he hecho daño a la humanidad. No he oprimido a los miembros de mi familia, no he obrado el mal en lugar del derecho y del bien. No he tenido tratos con hombres perjuros. No he obrado el mal. No he fijado como tarea cotidiana que hubiese que realizar un trabajo excesivo en mi favor. No he promocionado mi nombre para recoger los honores. No he maltratado a mis sirvientes. No he tenido pensamientos despectivos hacia un dios. No he expoliado al oprimido de ninguno de sus bienes. No he cometido lo que es una abominación para los dioses. No he hecho maltratar a un servidor por su patrón. No he causado dolor. No he hecho sufrir a nadie de hambre. No he hecho llorar a nadie. No he cometido ningún crimen. No he dado orden de que se cometiera un crimen en mi nombre. No he infligido dolor a la humanidad. No he expoliado los templos de sus ofrendas. No he robado las ofrendas de los dioses. No me he llevado los pasteles ofrecidos al *kush*. No he cometido fornicación, no he defecado en los lugares santos del dios de mi ciudad, no he defraudado en el peso. No he añadido ni quitado terreno. No he invadido el campo del prójimo. No he añadido peso a la balanza. No he leído mal la aguja de la balanza. No he quitado la leche de la boca de los niños. No he desviado el ganado que se encuentra pastando. No he cazado los animales de plumas reservados a los dioses. No he capturado un pez con un cebo hecho con un pescado de la misma especie. No he detenido el agua en un momento en que debía correr. No he abierto una brecha en un canal de agua corriente. No he apagado un fuego cuando debía arder. No he violado el periodo de las ofrendas de carne elegidas. No he desviado el ganado de la propiedad de los dioses. No he rechazado al dios en sus manifestaciones. Soy puro» (*Libro de los muertos*, cap. CXXV).

De esta larga plegaria, que el lector me excusará por citar sin mo-

deración, retengo esta única frase que contiene toda la ética y toda la moral del mundo: «No he hecho llorar a nadie».

Podemos imaginar que Pitágoras retuvo de estas enseñanzas, las más antiguas, las cuales le preceden en dos mil años, que existe una potencia del ser, una potencia en el ser, que ignora la muerte y que, encontrándose liberada de la encarnación, accede a un estatus inteligible en un universo donde la vida continúa, pero donde el tiempo ha sido reemplazado por la eternidad, la muerte por la inmortalidad, la carne por el alma, el mundo terrenal por el más allá.

Según lo que los textos nos enseñan —no los suyos, que han desaparecido, sino los comentarios redactados por otros—, Pitágoras concebía el alma como el doble del cuerpo visible y de sus energías, encerrado en este último tras su caída del cielo. La temática del cuerpo como tumba del alma que encontramos de nuevo en Platón tiene su origen aquí. El alma es inmortal, siempre en movimiento y de origen supraterrrestre. Mientras el hombre está vivo, su alma se halla prisionera en su cuerpo; cuando muere, se separa de él, se purifica un tiempo en el Hades y luego vuelve al mundo superior. Revolotea entre otras alrededor de los vivos; el aire está saturado de almas. *Psique* también significa «mariposa»; en otras palabras, es el aleteo del alma.

Una vez que regresa a la Tierra, el alma debe encontrar un cuerpo y reencarnarse. El lugar de esta reencarnación depende de la vida que el muerto haya llevado. La vida filosófica consiste en preservar el alma de todo contacto susceptible de volverla impura. Es eterna e inmortal. Pero puede salir de la maldición de las encarnaciones volviéndose lo bastante pura, gracias a los ejercicios espirituales de la filosofía, como para no necesitar ya instalarse de nuevo en ninguna carne. Aquí volvemos a encontrar los principios hinduistas y budistas, con los famosos gimnosofistas de la Antigüedad.

El filósofo neoplatónico del siglo II de nuestra era Máximo de

Tiro escribe en sus *Disertaciones filosóficas*: «Pitágoras fue el primero entre los griegos que osó decir que su cuerpo por una parte moría, y que por otra parte el alma despegaría y partiría, escapando de la muerte y la vejez, y que estaría allí donde había llegado la primera vez» (XV, 2). Plotino lo recuerda: las *Enéadas* cuentan este método de purificación del ser.

Solo la vida filosófica llevada según los principios pitagóricos, lo que Platón en *La República* (X, 600b) denomina *sistema de vida pitagórico*, asegura el trayecto de esa alma hacia su salvación. Solo los rituales, el régimen alimenticio, los vestidos, la vida comunitaria, la práctica de las matemáticas y de la música, procediendo las unas y la otra de la ciencia de la cifra y del número que da cuenta del orden de las cosas, contribuyen a esa purificación que permite liberar el alma de la carne en la cual se encuentra prisionera.

Últimamente es de buen tono afirmar que no se sabe nada de Pitágoras, que no escribió nada, que su lema en la vida era el secreto, que solo lo conocemos a través de pitagóricos tardíos, glossadores o hasta de los comentaristas de comentarios, que ha servido para todo, hasta para lo peor, especialmente con el ocultismo. Concluir de ello que es imposible afirmar nada sobre su doctrina es excesivo, y por lo tanto puede proporcionar un nicho al investigador que ha descubierto que no hay nada que descubrir y explota ese nihilismo.

Sin estar de acuerdo en que lo que queda de Pitágoras se parece a las ruinas de un templo griego imposible de reconstruir en su integridad inicial, yo creo que con los órficos, que algo influyeron probablemente en el pensador de Samos, hay una línea de fuerza procedente de Oriente que alimenta la filosofía griega, que a su vez insemna la filosofía occidental y, por lo tanto, europea.

Esta fecundación pasa por Platón, y no es de extrañar que nuestra civilización, que procede de él, lo haya convertido, junto con Sócrates, en la pareja asimilable a la que reúne a Dios y Jesús. Con Platón, el Occidente cristiano dispone de su filósofo emblemático. No es de extrañar que la totalidad de las trescientas obras

de Demócrito hayan desaparecido y, en cambio, casi todo el conjunto de las obras de Platón se hayan conservado. Son dos mil páginas de papel biblia...

Como siempre, hay que volver a las *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos ilustres*. Diógenes Laercio nos dice, en efecto, que Platón tuvo una especie de nacimiento divino. En Atenas se cuenta una historia según la cual su padre «Aristón quiso forzar el himen de Perictione, que estaba en la flor de la edad, pero no lo consiguió; cuando abandonó sus intentos, se le apareció Apolo. A partir de ese momento, se abstuvo de consumir el matrimonio hasta que Perictione hubo parido» (III, 2). ¿Cómo decir mejor que también Platón, igual que Jesús, tuvo un nacimiento maravilloso? Aristón, como José, es apartado para que Perictione, como María Inmaculada, conciba sin la ayuda de un genitor, sino con la de Apolo, ¡en el papel espermático del Espíritu Santo! Después de esto, ¿qué «presocrático» podría reivindicar una genealogía más excelsa?

Otra historia valida la tesis de la divinidad de la pareja Sócrates-Platón. Sigamos leyendo a Diógenes Laercio: «Se cuenta que Sócrates tuvo un sueño. Tenía en el regazo una cría de cisne, que de repente se cubrió de plumas y salió volando, emitiendo unos sonidos agradables. Al día siguiente le presentaron a Platón, y Sócrates declaró que el ave era Platón» (III, 4).

Platón, que en la verdadera vida, y no en la mitología, procede de una familia aristocrática, empieza su carrera como luchador y como actor. ¿Anécdota? No es seguro. Porque sigue siendo luchador y actor mientras ejerce de filósofo: cuando escribe sus diálogos, se inventa personajes a los que es fácil aplastar. El sofista Gorgias o el hedonista Filebo, que dan ambos nombre a un diálogo, son creados por Platón como adversarios a los que se derrota fácilmente, ya que se han inventado para eso: no dan la talla frente a Sócrates, ¡que sencillamente los hace polvo!

Observemos de paso que la idea de Deleuze, expuesta en

¿*Qué es la filosofía?*, según la cual un filósofo es un creador de conceptos o de personajes conceptuales, es eminentemente platónica. Platón, en efecto, crea conceptos y también esos famosos personajes conceptuales, lo cual hace decir a algunos otros académicos que, en ese teatro, nunca se sabe dónde está el pensamiento del propio filósofo, y que por lo tanto no puede haber pensamiento de Platón, ni por supuesto platonismo. Otro efecto del nihilismo epistemológico de nuestra época, o del deseo de llamar la atención profiriendo una tesis paradójica, que no dejará de producir un efecto de luz sobre su autor...

Lo que Pitágoras y los suyos obtienen es la *desmaterialización del cuerpo*, que no es un puro y simple compuesto de átomos materiales, como creen Leucipo y Demócrito, y más tarde Epicuro, Lucrecio y los epicúreos, sino un accidente dentro del cual está lo que salva el cuerpo y que resulta ser un anticuerpo, un contracuerpo, un «no cuerpo»: un alma increada, eterna, inmortal, una materia inmaterial, una idea más verdadera que la realidad, una instancia más cierta que lo tangible, una ficción que sustituye a la realidad de un cuerpo palpable y concreto.

La invención del alma inmaterial es lo que permite construir la ficción de una vida tras la muerte. Es, ciertamente, el vínculo que, en el mundo sensible, actúa de enlace con el mundo inteligible. En la Tierra, es un fragmento celestial que permite relacionarse con el trasmundo. En el mundo terrenal, es la promesa del más allá. Salva al cuerpo de la muerte prometiéndole la compañía de los dioses, e incluso que se convertirá él mismo en dios bajo la forma de un alma unida al principio del universo.